

## UTOPIÍA Y UCRONÍA. REFLEXIONES SOBRE LA TRAYECTORIA DE UNA CIUDAD MINERA<sup>1</sup>

*Utopia and uchronia. Reflections on the trajectory of a mining city*

*Juan Carlos Rodríguez Torrent\**

*Patricio Medina Hernández\*\**

### Resumen

Este artículo es producto de una reflexión etnográfica sobre el proceso de cambio sufrido por una cultura del trabajo asociada a la explotación del carbón y su vinculación con la ciudad de Lota, ubicada en el centro sur de Chile, la que se constituye como centro habitacional y de servicios junto con el desarrollo de la monoindustria desde la segunda mitad del siglo XIX. Por una parte, se analiza cómo, desde la condición laboral, social y de vida de los trabajadores y la población, se configura un sujeto histórico con identidad laboral y de clase, el que genera un discurso teleológico que da paso a una visión utópica durante el ciclo de vida de la explotación del mineral. Por otra, se analiza cómo el fin de la explotación del mineral en 1997, tras el cierre de los yacimientos, hace que los sujetos transformen su utopía en uchronía; es decir, cómo el fin de la narrativa que movilizaba las acciones genera una temporalidad alternativa que no tiene tiempo real, lo que revela las dificultades para reestructurar la biografía y memoria de una comunidad especializada.

Palabras clave: Lota, carbón, movimiento social, utopía, uchronía.

### Abstract

This article is the result of an ethnographic observation of the process of change undergone by a labor culture associated to the coal mining and its relationship with the city of Lota, located in the center South of Chile a city that has been constituted as a residential and services center along with the development of the monoindustry, from the second half of the nineteenth century. On one hand, it analyzes how this has shaped an historical subject with labor and class identity considering the working, social and living conditions of the mining workers and the population. This historical subject generates a teleological discourse that leads to a utopianist vision during the service life of the mineral's exploitation. On the other hand, we analyze how the end of the mining activity in 1997, after the coal mine's closing, causes the subjects to transform their utopia into uchronia; that is to say, how the aim of the narrative that addressed the actions generates an alternative temporality that has no real time, which reveals the difficulties to reconstruct the biography and memory of a specialized community.

Key words: Lota, coal, social movement, utopia, uchronia.

---

<sup>1</sup> Este trabajo es producto del Proyecto Fondecyt 1095037, "Memorias, imaginarios y ruinas en ciudades de la utopía industrial: Lota y Taltal".

*“Hubo en todas las épocas alguien que, mirando a Fedora tal como era, imaginó el modo de convertirla en la ciudad ideal, pero mientras construía su modelo en miniatura Fedora ya no era la misma de antes y lo que hasta ayer había sido su posible futuro ahora sólo era un juguete en una esfera de vidrio”.*

(Italo Calvino, Las Ciudades Invisibles)

## I. LOTA: LA CIUDAD QUE NACE CAPITALISTA

Ubicada en el centro sur de Chile, en antiguos territorios mapuches, al lado sur de lo que fue la frontera natural del río Biobío, se emplaza Lota, o Louta, un caserío miserable fundado en 1852 y en el que se desarrollaría la explotación minera energética más importantes de Chile: la del carbón. El caserío se constituye en la primera ciudad industrial del país y en ella, antes que en la capital, se implementa, producto de la potencialidad del trabajo extractivo de carbón, la telefonía de superficie y subterránea en los túneles, el alumbrado con una planta hidroeléctrica, redes de gas, calefacción domiciliaría, ascensores para bajar y subir a los piques, un tren subterráneo para conducir a los trabajadores y extraer el mineral. A partir de la explotación del carbón, se produce una integración productiva que hoy llamaríamos un *holding*, compuesto por la empresa minera, una flota de transporte naviero, ferrocarriles de superficie, muelles y emplazamientos portuarios, una fábrica productora de vidrio, de cañerías, de ladrillos refractarios para las fundiciones de cobre y de cerámica doméstica y ornamental, una industria forestal para contar con madera para el trabajo en la mina. Con la visión futurista del patriarca fundador Matías Cousiño y su familia, gestores de este concepto expansivo, este caserío se transforma en la primera ciudad industrial chilena y sostendrá hasta 1950 la matriz energética del país, alimentando las calderas de navíos, ferrocarriles y fundiciones. Entonces, por la complejidad y vanguardia de su desarrollo, Lota nace capitalista y con ella se inaugura la producción nacional en cadena.

Las cifras son potentes en varias direcciones. En términos laborales tuvo una población de 125 operarios en 1852, en su primer centenario contaba con 10.000 obreros, durante las primeras décadas del siglo XX tuvo una fuerza de trabajo de unos 14.000 hombres y, en toda la cuenca de Arauco, llegó a 18.000. En la actualidad la población urbana tiene una curva descendente y se estima cercana a 50.000 personas, mientras que en 1970 se documentaban unas 80.000. En lo económico, su aporte al país es invaluable: no puede entenderse el desarrollo de la conectividad de Chile terrestre y marítimo sin el trabajo y la producción de energía de los lotinos y la concepción empresarial descrita.

En Lota se dan uniones funcionales entre lo económico, lo político y lo jurídico que terminan por decantar lo que será el sino histórico como urbe y de

su gente: la riqueza sin límites y la pobreza infinita.<sup>2</sup> Desde el siglo XIX el desarrollo productivo se revela de manera bifaz: aflora la visión del capitalismo bullante y floreciente, que permite la creación del plusvalor sin límites, mientras surge también la figura del trabajador desharrapado en sus orígenes, precario en su seguridad, desprovisto de toda humanidad, hundido y agotando sus pulmones en los socavones bajo el mar y en la miseria en la superficie. Esta dualidad será lo que marcará el contrapunto citadino por un siglo, sentando las bases del mito y el antimito de Lota y su gente: la grandeza y la miseria, las figuras polares del patriarca fundador y del trabajador y el niño proletario, la señora casi europea y la del indígena descalzo. La temprana salarización, el sometimiento al rigor del tiempo industrial y la rentabilidad no se tradujeron en calidad de vida para los habitantes, sino sólo en la potenciación de un importante movimiento social.

Lo señalado nos indica que se trata de un emplazamiento que desde su origen tiene una lógica constitutiva, la cual se expresa, en términos de Di Méo y Buléon (2005), como una fuerza económica, ideológica y política, concreta y simbólica, que se encuentra espacialmente organizada, que manifiesta un dinamismo marcado por la institucionalización de las prácticas y las actividades sociales y culturales; construida por las luchas sociales en consonancia con los procesos de diferenciación social, las acciones normadas, con población abierta a la aventura, búsqueda e invención de un cotidiano. El producto de esta razón moderna permite —entre otras cosas— la emergencia de una nueva clase social: el proletariado chileno.

Desde el carbón como centro y la industria asociada se desarrollan formas productivas y contractuales inéditas pero estables, con gran demanda de fuerza de trabajo ya que este era esencialmente manual; luego se incorporan tecnologías que facilitan la explotación del mineral contrayendo la plantilla de trabajadores. Sin embargo, es lo potente y desgarrador del submundo laboral detallado en la literatura, el documental, en el testimonio y la memoria colectiva, lo que constituye el insumo y la impronta proyectada que permite el advenimiento de movimientos sociales y asociaciones que terminarán por fosilizar la imagen de Lota más allá de ella. Podemos encontrar en su sentido más esencial que las tempranas luchas, las huelgas, el contenido reivindicativo de clase y las distintas manifestaciones y acciones del movimiento obrero pertenecen como inspiración a movimientos socialistas y comunistas, con marcadas utopías o teleologías históricas claramente definidas, las que permanentemente los motivaron en estas acciones sociales, construyendo su quehacer y su destino en un marco simbiótico entre movimiento social, sociedad y

---

<sup>2</sup> Esta marca indeleble puede encontrarse en el estudio sociológico realizado por Di Tella, Brams, Reynaud y Touraine en 1966, que constituye un importante documento que realiza un retrato de época, con datos cuantitativos para lo que va de los años 50 a los 60 de manera documentada. Asimismo, en la obra de Baldomero Lillo (2009) y en el documental “El Carbón”, de José Román (1970).

ciudad. A estas historias y luchas está ligado el partido y el sindicato, como formas principales de la organización social (véase Medina, 2010).

Esta figura constituye una matriz, una idea fuerza y un elemento identificador; los trabajadores del carbón han representado en gran medida el espíritu de Chile y del mundo obrero durante la segunda mitad del siglo XIX y gran parte del XX. En términos teleológicos su esperanza representa el espíritu del tiempo moderno, de la necesidad de las luchas del presente para acceder a una nueva sociedad. La lucha obrera toma en préstamo todos los idearios colectivistas y revolucionarios, lo cual sería lo que en plenitud dio forma, contenido y configuración al sentido de sus vidas, dando soporte y sostén a la experiencia urbana, a su geografía política y a la simbiosis entre el mundo del trabajo y la ciudad.

De acuerdo a lo señalado, se puede sostener que Lota es esencialmente un concepto. Como memoria, tanto dentro como fuera de la ciudad, está asociada para las personas y la academia a un imaginario histórico y sentimental. Hay una temprana aspiración a mejorar las condiciones de los trabajadores y sus familias en sus salarios, vivienda, salud, educación y saneamiento básico, lo que se constituye en dimensiones que llenan de contenido la esperanza; hay acumulación de símbolos y significaciones; se verifica el desarrollo de una experiencia organizativa creciente, con movimientos huelguísticos emblemáticos durante los siglos XIX y XX, de la permanente vivencia de la contradicción entre capital y trabajo, así como la huella mimética del ciclo de vida del mineral tanto en lo existencial como material. Es una memoria que otorga historicidad a la constitución del país desde el punto de vista de la contradicción entre trabajo y capital, ya que una de las principales conquistas de la movilización se materializa en la jornada de 8 horas de trabajo.

La historia de Lota es la de una ciudad que, finalmente, como todas las ciudades mineras, nunca dependió de ella misma sino de factores externos como la matriz energética del país y la demanda, la cual declina desde los años 50 con la introducción del petróleo y la hidroelectricidad; y que una vez que en 1997 se decreta el cierre definitivo de la actividad extractiva, sus formas de trabajo desaparecen como hacer y con ello la ciudad entra en deterioro, ruina y declinación.

## II. LA ESPERANZA COMO PROYECTO

En los proyectos individuales y colectivos se encuentra lo mejor de la juventud. Mucho de la forja de la condición humana tiene que ver con el empeño que se transforma en desafío; con la fuerza, las ganas, el deseo, el emprendimiento, el sacrificio y el proyecto en el que se depositan las esperanzas respecto de aquello no acontecido o no llegado frente a un presente que no ofrece conformidad. Cada hombre y cada mujer desde el lugar ocupado en la estructura social lee las singularidades del espacio citadino para crear un teatro como si fuera un espejismo: lo ordena, lo visita, lo recorre, lo proyecta y lo restringe como una forma de conciencia anticipadora de nuevas escenas y tramas, se apropia subjetivamente de éste hasta llegar a controlar parte de él

física y psicológicamente. La esperanza, entonces, aparece como un punto de partida para observar ciertos fines ónticos e históricos que se materializan o deben expresarse en la ciudad, cuestión que permite reconocer en términos desiderativos los perímetros de la memoria de una comunidad y del *topos* en el que se desea y gustaría vivir.

En una perspectiva de la modernidad, en lo que podemos llamar sociedades ascendentes, la organización e institucionalización de cierta idea de sí mismos que adquieren los sujetos se transforma en una suerte de conciencia utópica, ya que su geografía simbólica se actualiza y expande emocionalmente y como intención imaginativa permite estar en otros sitios distintos del aquí y ahora. Probablemente, la razón de esta fórmula se encuentre en una cuestión tan básica como en que el soñar constituye la manera de vivir y existir por excelencia.

Lo señalado es propio de los marcos que provee la sociedad moderna salariada (Castel, 1997), como acontece en Lota en su ligazón con la explotación minera, ya que forman parte de sí la negociación, la participación, la expectativa y la tendencia creciente a la protección social. Es evidente que aún en condiciones de máxima adversidad para los trabajadores, el capitalismo industrial dentro de sus contradicciones generó condiciones para la acción y la expresión de sueños de irradiación colectiva que afectaban la posición personal como trabajador en la estructura social como extensivamente a los compañeros de actividad y a la familia, produciendo una condición de ciudadanía social. El componente básico de esta condición negociadora y expectante está dado por la distribución “injusta” o “inequitativa” de la riqueza y el reconocimiento de las diferencias socioprofesionales o de calificación o por la distinción disonante dentro de un área productiva que marca las distancias entre unos y otros trabajadores tal como ocurre entre los trabajadores de la gran minería del cobre y los del carbón.<sup>3</sup>

De este modo, los impulsos transformadores se movilizan hacia una condición siempre superior, donde mejoras salariales, en la seguridad en el trabajo, las prestaciones y las jubilaciones se ubican y entienden en una trayectoria de largo aliento y con apoyo de herramientas históricas como las huelgas y movilizaciones. Desde esta perspectiva, como ha sostenido recientemente Robert Castel “... el progreso social no es solamente una construcción conceptual que adquiere sentido en una teleología de la historia. Para los sujetos sociales se vive a través de los proyectos concretos que ponen en práctica cotidianamente, orientado hacia un porvenir que asegurará una mejoría en su situación” (2010:15). Por tanto, para que la expectativa de superación de lo evaluado como “injusto” mantenga vigor, se

---

<sup>3</sup> Sabemos que desde el punto de vista salarial, a los trabajadores del cobre se les ha considerado la “aristocracia obrera”.

necesita de política, de estructuras, de organización y liderazgo para producir y producirse, para así remediar las dificultades que trae el progreso cuando genera exclusión e inequidades en la socialización de los beneficios o riqueza producida. De este modo, poder y lucha son “inseparables del proceso de transformación del mundo” (Abeles, 2008, 20-21), que es lo que anhelaron los sindicatos del carbón.

Entonces, cuando sueño y deseo ayudan a la forja de la historia de una comunidad, lo hacen en relación con un lugar o una ciudad en la que se hace la vida o con un territorio aéreo, terrestre o marino que ha sido significado y, en este caso etnográfico, con un mundo subterráneo como el de los piques y bocaminas ubicados bajo el océano para extraer carbón. En la base, existe un inspirado diseño y ambición que busca la construcción de lo que se quiere ser o se desea tener, ya que se piensa y actúa desde lo que se quiere modificar, lo que no se tiene, no se es o lo que aún no ha llegado a ser. Por ello, como sino de la existencia, en su imbricación, la identidad y la memoria que dialécticamente se configuran, se ponen en juego cuando cambian en sus encadenamientos las formas de protagonizar la historia, la organización, el control del territorio, la ciudad, el modo de trabajar o la propia autopercepción.

Esta idea posee un peso estratégico superlativo para el caso de las comunidades de trabajadores ligadas al desarrollo minero de Chile, ya que los cambios implementados en el mercado del trabajo, como la flexibilidad numérica y funcional de las plantillas de trabajadores y las condiciones de producción como los sistemas de turno, los campamentos *all inclusive* y las aplicaciones tecnológicas, afectan de manera visible el topos urbano por su condición adyacente a la industria, ya que las ciudades son simultáneamente fuentes de riqueza y trabajo, de gasto y de consumo, de arraigo y proyecto de vida. Esto significa que en los desarrollos territoriales de la minería puede constatarse que existe una sensibilidad capilar entre el vigor de la explotación minera y la urbes que les nutren de trabajadores, ya que la condición monoprodutora y dependiente del exterior asociada a los precios y la demanda del mineral que les define, afecta a todas las estructuras sociales que le son propias, aun cuando sean indirectas. Es decir, la dependencia de un recurso hace en extremo vulnerable el territorio y la conformación de las urbes, por lo que los cambios en la estructura de la demanda del producto transforman en víctima de los ciclos mineros a su población, impidiéndoles la mayor de las veces, biográficamente, reinventarse y, a las ciudades, reconvertirse o refundarse por la gran especialización que adquieren en su ligazón con las culturas del trabajo.<sup>4</sup>

Histórica y sociológicamente con las crisis ligadas a los cambios tecnológicos, los valores del mineral y sus ciclos, aparece un doble cuestionamiento: el referido al lugar que pueden tener en el presente algunas culturas del trabajo cuando el saber hacer no puede ejecutarse ni reemprenderse y, por otra parte, el del nuevo valor

---

<sup>4</sup> En otro trabajo hemos desarrollado las experiencias generales sobre el cobre, el salitre y el carbón (Rodríguez, Miranda y Medina, 2010).

adquirido por el territorio en su relación con la tradición y como contenedor de cultura, en lo que significa el arraigo, la experiencia, la densidad demográfica y como sistema de acciones y representaciones.

La vida cotidiana revela extensivamente todo su sentido y simbolismo en estos espacios. La existencia colectiva se constituye a través de prácticas, acciones, rutinas, modos y comportamientos habituales, que en su conjunto van constituyendo esquemas no reflexivos, aprendidos y repetitivos que estabilizan el espacio social y los lugares otorgándoles identidad. En su fluir, la experiencia, institucionalización y posicionamiento del rol va decantando en hábitos y aprendizaje y control del espacio, lo que en tiempo presente estructura una memoria que arrastra recuerdos que no eran recuerdos en los tiempos pretéritos para convertirlos en el contenido de la memoria colectiva. Y, es esta habitualidad y la andadura de los trabajadores y ciudadanos lo que establece el vínculo con territorios específicos, delimitando, marcando y circunscribiendo las posibilidades de ser de cada persona con relación a la familia, al trabajo, a la clase, al género, al culto religioso y a las relaciones sociales.

Todos los habitantes necesitan inscribir las relaciones en una temporalidad para que pueda ser apreciada en su estética y distinguida en la distancia. Toda la regulación y el autocontrol también expresan un cierto sentido de posiciones y de trayectos posibles para cada uno de los habitantes, los que son compartidos y apreciados por otros. Lo recurrente en el trabajo se convierte en la cristalización del lazo social, y el vínculo siempre deviene en compromiso que estructura lealtades. Entonces, entendemos que existen expectativas estructuradas como grupo frente a las cuales todos los miembros adquieren un sentido colectivo; hay confianza, reconocimiento de los méritos, demandas de compromiso y reconocimiento de las acciones, por lo que se despliegan y armonizan los mandatos interiorizados y las expectativas externas que configuran las utopías del colectivo como clase y cultura del trabajo.

Estos modos singulares y reiterados van definiendo el cotidiano, lo que también los va transformando en un importante abanico de sistemas cuando se prospecta la ciudad especializada en su extensión y profundidad, ya que en las culturas del trabajo minero existen dos espacios de sociabilidad que se encuentran siempre unidos: el referido al trabajo mismo y el de la sociabilidad recreativa deportiva o de las cantinas. De este modo, existe una sinergia entre la experiencia de la transformación del espacio y esta dualidad, lo que como en el caso de Lota después del cierre de la mina desencadena un tiempo más acelerado que el tiempo del recuerdo, lo que inclusive desajusta la experiencia del espacio frente al rastro material, ya que la ruina se impone como evidencia del fin o de lo que fue el desarrollo industrial y organizativo, inclusive se constituye como escombros. Por ello, parafraseando a Marc Augé (2003: 145), al frente se aparecen simultáneamente la ciudad que *no ha cambiado*, la *transformada* y la *subvertida*;

pero la ciudad es siempre suficientemente actual para situar los sentidos en el presente, aunque algunas como diría Lévi Strauss sólo se transforman y no se desarrollan (2006: 133), por lo que lo nuevo o lo modificado se impone para ser descubierto y etnográficamente explorado. He aquí lo que nos interesa profundizar, ya que “la vida no es lo que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla” (García Márquez, 2002).

### III. ETNOGRAFÍA DE UNA TRAYECTORIA INTERRUMPIDA

Los trabajos de campo desarrollados por etnógrafos y etnólogos revelan documentalmente importantes dificultades para el reemprendimiento y reajuste de la existencia y del contenido específico de la esperanza en la forma utópica con que ha sido representada por el movimiento social, especialmente cuando los procesos aculturativos o de transformación de elementos nucleares son *in extremo* violentos o el espacio en el que se genera riqueza y se desempeñan los roles laborales pierde peso en la red de posiciones regionales, nacionales o mundiales como sostiene Sassen (2007). La cuestión es no menor desde el punto de vista teórico y analítico si concedemos valor a los estudios sociales y culturales y entendemos que “la antropología tiene como objeto las relaciones sociales en un grupo social dado, las relaciones a la vez afectivas, representadas e instituidas” (Augé, 2008:11).

La forma de indagación de estas señales en sus simbolismos, configuraciones y modos no pueden más que expresarse en el territorio. Pero, es precisamente el cierre de las minas y el fin de la actividad extractiva de carbón lo que produce la desaparición del territorio subterráneo como paisaje cultural en Lota, forjando a reemprender la vida laboral en superficie. Así, para los hombres del carbón no es fácil reorganizar la vida ni esclarecer desde dónde y con qué argumentos se puede reemprender un camino para encontrar un nuevo sentido a la existencia cuando su territorio del hacer y el saber ligado al subterráneo desaparece o señalar con claridad cuánto y qué se puede sacar de la mente para que las incomodidades provocadas por la alteración de su singularidad se mitiguen o lo no resuelto encuentre otras opciones.

El cambio de locus territorial que define la desafección de la mina constituye la alteración substantiva del contenido que movilizó la esperanza, creando un nuevo teatro para la vida y precipitando imperativamente un nuevo locus laboral. Estos viejos y especializados trabajadores no saben por dónde empezar, o simplemente por edad, por enfermedades profesionales, por ganas, por experticias que entran en desuso, no es posible comenzar de nuevo. Para los afectados negativamente por los cambios urge responderse cuánto tiempo se necesita para que el vacío generado llegue a los límites de lo soportable, porque la escena de lo nuevo conduce necesariamente a la reescritura de la biografía, porque así como el tiempo les ha llevado la mitad de la vida en el trabajo y en la profesionalización del rol junto con los compañeros de sección y turno, también viene por lo que resta por vivir. Entonces, inicialmente la pregunta es: ¿Hay

posibilidades para la normalización cuando se rompe el vínculo mina y ciudad y se pasa de trabajador asalariado a trabajador libre? ¿Cómo se normaliza la existencia frente a la desaparición del proyecto histórico del movimiento social? ¿Qué mecanismos operan para estabilizar la nueva condición?

Las respuestas a las inquietudes planteadas precipitan el tiempo presente de la comunidad tradicional, porque los hombres del carbón se convierten finalmente en aquella parte de la ciudad y del trabajo que es expulsada y despojada del saber y del hacer construido por generaciones. Se constituye una condición residual para la experiencia, lo que resulta doloroso, porque tiene que ver con el lugar perdido, con la consideración disminuida de la propia identidad, la autoestima y la fuerza movilizadora. Revela simultáneamente el daño como la incomodidad por la proscripción de las ideas fuerza que moviliza y estructura el sentido de las acciones, ya que manifiesta el proceso de quiebre y la transición de la biografía desde la perspectiva de ciertas seguridades que estabilizan las relaciones cotidianas.

Entonces, como “la arquitectura sigue a la historia como su sombra” (Marc Augé, 2003:122), el fin de la actividad, la desaparición del territorio del subterráneo y el desuso de la infraestructura, hace que la ruina como manifestación de deterioro se vuelva metonímica. Ésta habla fundamentalmente de un cambio importante en aquello que ha dado vida a la ciudad que opera como centro de operaciones de una actividad monoprodutora. Las marcas inscritas en los volúmenes de la arquitectura y la pérdida de función de los mismos como espacio semántico de la materialidad son la revelación de las heridas, de cambios en la estructura ocupacional, de fluctuaciones en el trabajo, de pérdida de una cierta identidad y de una asociación con rutinas y lealtades que se configuran en el tiempo. Por tanto, si las “ciudades mineras se extinguieron en su sitio, después de haber agotado su sustancia, como el fuego” (Lévi Strauss, 2006:135), en perspectiva se trata de una materialidad llena de sentidos políticos, laborales, sociales, públicos y de acción colectiva en las que hay que hurgar. Las ruinas del carbón lotino nos sumergen en la fórmula de aquellas ciudades que esconden otras ciudades (Calvino, 1999), en un mundo de pertenencias y de identidad, de esperanzas, utopías e imaginarios que están en sus recuerdos. Desde el punto de vista de la memoria, ahí se encuentran las inscripciones de su accionar y de quienes les antecedieron.

Lo señalado es lo que confiere al espacio de la ruina su sentido de “lugar”, su carácter metonímico y evocativo del emprendimiento y de constitución de la expectativa, de huella, de movilización. La mirada sobre ella, aún en su manifestación decrepita, es un cierto homenaje a una trama, aunque su estética pueda ser cuestionada o se encuentre en tensión con los razonamientos del presente.

En Lota, la ruina como espacio de recuerdo es pasado, presente y futuro simultáneamente. Es pasado porque rinde tributo a hombres y mujeres cuyo mundo, o lo memorable de parte de éste, se encuentra en el vestigio de todas las infraestructuras fundadoras y principalmente de la mina. Es futuro, ya que

contiene a través de rituales y encuentros en “sindicatos imaginarios” un interés comunicativo y una enseñanza para los más nuevos: esto fuimos, esto tratamos de construir, esto soñamos o en esto creíamos; esto podemos ser o esto queremos ser nuevamente. Todas estas fórmulas son efectivas, aunque limitadas en su impacto, porque el “nosotros” sindical y político utópico ya no puede influir decididamente como en el pasado en el curso de los acontecimientos, pues sólo queda lo pequeño y ordinario del cotidiano bajo el subsole.

Las ruinas de la industria minera dan cuenta que material y simbólicamente se ha perdido una función. Pero, como parte de la ciudad es un espejo; habla tanto como calla. “La ruina es un ánfora. Es contenedor de una vida, de una biografía y una existencia que ya se fue, que ya no está, que no regresará. Es aquello que contiene recuerdos, que perturba y moviliza instantes, fugas, sombras y contraluces; se habla con ella, se siente su presencia, se duerme con ella y está viva y muerta a la vez... Es también un marcador temporal, se trata de un cierto retrato de los vencidos de la historia; de aquellos cuya vida fue arrasada por los cambios productivos, tecnológicos y laborales” (Rodríguez, 2010:104). La ruina connota más allá de su denotación, pues detrás de ella hay una emoción, un sentido muy subjetivo que arrastran sus habitantes. La ruina simultáneamente es sinónimo de empobrecimiento y sentido de abandono en términos arquitectónicos que es lo más evidente cuando se recorre la ciudad. Da cuenta de un quiebre, de un trauma, de una actividad que queda en el olvido, de reconocimientos que ya no están, de oficios que se pierden en el tiempo, de una necesidad que ya no tiene su lugar, del deterioro de la condición de vida, de pérdida de solidaridad colectiva y de una forma de sentir, de un habla que se convierte en anecdótica, de una desintegración de la comunidad.

Se dialoga con las ruinas. Hablan de un proyecto incompleto, de una trayectoria existencial trunca, de una tradición laboral que se extingue entre los recuerdos. Las ruinas del carbón representan acontecimientos que nos refieren a los momentos en los que se transitó por los desequilibrios entre lo colectivo y lo individual, los que son verificables en tanto son visibles y localizables en el espacio urbano del cual los habitantes son parte y lo han construido. Refieren a lo que sucede o ha sucedido con las propias esperanzas y movilizaciones; a una ruptura con el nivel comunitario y con las formas de afiliación tradicionales que se encuentran asociadas al trabajo mismo y sus extensiones en el barrio, en la recreación, en el sindicato.

#### IV. IMAGINAR EL FUTURO EN LOTA: DE LA UTOPIA A LA UCROÑIA

La utopía de los trabajadores y sus familias se ha basado en la emoción de la esperanza, la cual ha permitido que el imaginario se desarrolle sobre distintas acciones y metáforas. Pero el imaginario se construye y se constituye con y desde otro. Desde la perspectiva de la construcción de futuro, ese *otro* es un *uno*

*proyectado u otro imaginado*. Sin embargo, siempre es necesaria una constatación real, fáctica, del otro sobre el cual recae el fundamento de ese imaginario.

Así ocurrió, por ejemplo, en la bahía de Lota, donde recalaban más de doscientos vapores al año, cuando aparece el rompehielos soviético con una bandera roja con la hoz y el martillo, pocos días después de una huelga ganada y tres días después de la concentración del 1º de mayo de 1942. Los mineros constatan fácticamente la realidad de sus anhelos, sueños y utopías: los obreros rusos se habían convertido en marinos y juntos a otros de sus compatriotas habían construido el sueño socialista. Los mineros, con su convicción internacionalista, trabajaron afanosamente por satisfacer las demandas carboníferas de aquellos compañeros que venían a mostrar la realidad del imaginario. Como recuerda Diego Muñoz en su novela:

*“Aquella nave cargaría cinco mil toneladas de carbón extraída por ellos, sacado trozo a trozo por sus propias manos. Carbón manoseado por ellos. Carbón que ahora parecía acariciado por ellos entraría a esas bodegas, entraría a ese mundo nuevo, tomaría contacto con héroes y daría fuerza a un pedazo combatiente de la gloriosa Unión Soviética. Casi no podían dar crédito a semejante cosa; pero allí estaba el barco, a la vista, con su bandera en el mástil de popa” (1953:300).*

De esta manera, la esperanza constituyó un futuro presente, fue claramente una autoconciencia o una “*conciencia anticipadora*” (Bloch, 2004). La esperanza configura al sujeto en la medida de que, según Bloch, es el hambre el que moviliza al hombre (ibid.); o más bien, podríamos afirmar ahora, que es el otro quien lo moviliza, es el otro por quien se actúa y se tiende a la completud de la cual se carece. Desde una perspectiva ontológica, el mundo es en principio imperfecto e inconcluso (Krotz, 2004:156-159), por ello existiría una tendencia no sólo a la comprensión del mundo y la realidad, sino que a su transformación de una manera activa, motivado por la esperanza y guiado por las utopías.

Este ser humano soñador, en su sueño despierto pretende alcanzar más, es su deseo, intención, voluntad, anhelo. Más aún, no basta sólo con la utopía, se necesita de una otredad auténtica que refuerce y haga plausible la utopía, es necesario ya que “*la referencia a lo otro verdaderamente existente refuerza así la certeza de la posibilidad de lo totalmente otro que no existe*” (177), es necesario un lugar real referencial desde donde provengan estas señales, una eutopía, un buen lugar.

La pregunta en una ciudad como Lota que perdió su eje y que envejece cada día un poco más, es ¿dónde está ese “buen lugar” cuando ha quedado atrás la chilenezación y la nacionalización de la minería, el gobierno de Salvador Allende, han caído los llamados socialismos reales y mantiene vigencia el cierre de las minas que constituyó el centro de su acción? Esta falta de topos es lo que redefine el tiempo de los ex trabajadores y el ritmo de la ciudad.

De entre los quehaceres de los habitantes se dejan ver dentro de la urbe varias nociones y sentimientos reales o imaginarios. Por una parte, existe una ciudad

bullante de pequeño comercio, con su feria libre como eje central, de actividades ligadas a servicios y otras interacciones sociales; en todos los distintos grupos subculturales encontramos etnográfica y etnológicamente distintas vivencias, nociones e imaginarios ligados a sus quehaceres específicos. Sin embargo, por otra parte, existen otros grupos sociales que han quedado al margen de los *haceres* económicos cotidianos, perdiendo el rumbo y sentido de sus vidas, los cuales han tenido que replantearse diversas estrategias existenciales compensatorias para poder asumir otra vida cotidiana y sostener o recuperar la grandeza de sus luchas e identidad. Algunos de los ex trabajadores ni siquiera han continuado con las energías suficientes para eso, como aquellos lotinos que pasan sus días en *haceres* vacuos, con las manos en los bolsillos, parados en las esquinas, a la espera de alguna situación que los pueda despertar de un largo letargo que padecen desde el cierre de la mina, como si de esperar algo se tratara. Estos hombres han quedado detenidos en el tiempo, con un imaginario estancado, anacrónico, alienados en sus formas de acción social, han perdido el rumbo, la esperanza, la lucha, la utopía (Medina, 2010).

Existe, además, otro grupo importante de actores sociales que operan dentro de la ciudad y que se caracterizan por continuar luchas históricas con formas y contenidos propios de las reivindicaciones del siglo XX, cuando la mina, el trabajo que generaba y las relaciones sociales que se establecían, aún existían. Éstos se asocian en sindicatos que luchan por demandas difíciles de comprender, con socios y afiliados que no necesariamente trabajaron en la mina o en el carbón, son sindicatos que se yuxtaponen a otros que existieron y sólo siguen permaneciendo como ecos fantasmales de un pasado ido; son asociaciones y sindicatos imaginarios, con nombres como “Renacer minero” o “Sindicato de trabajadores transitorios y eventuales, Despertar”,<sup>5</sup> que ocupa las dependencias del histórico y destacado sindicato “Lota Green”, tal vez como para hacer más creíble o legítimo su actuar. Se trata de asociaciones que viven en torno a la ruina, a lo ido y desaparecido, que mantienen los discursos, la semántica y los emblemas del pasado. Recorren el territorio de otra manera, viven las fechas de otro modo, como en el pasado, conservan las esperanzas y siguen con las luchas, pero ya no sobre un sostén real de acción sobre el ejercicio de la producción, sino que sostenidos sobre un imaginario contrafactual de lo que podría ser, una historia alternativa de lo que pudo suceder, de lo que a lo mejor sucede, de que es posible que la mina vuelva a abrir, de que se revierta “el error de la clausura”. Son asociaciones fantasmales, sin contradicciones, que sobreponen la ciudad como relato en otras dimensiones, otras luchas, sin utopías, ya que no hay eutopías que las puedan respaldar, más bien sostienen ucronías, tiempos paralelos, memorias e imaginarios alternativos y fantasmales.

La ucronía constituye una de las fórmulas para quienes buscan llenar de contenido la experiencia cotidiana rota del tiempo presente. Ellos revelan a través de escenarios contrafácticos cómo la ciudad segura de sí misma y cohesionada, se

---

<sup>5</sup> Fundado en noviembre de 1999, posterior al cierre de la mina.

ha enfrentado a la transformación y a la desaparición de los valores y creencias que en algún momento resultaron intransables. El cambio abrupto que impone el cierre de la mina del carbón hace que la mirada gire en dirección de su eje temporal y se vuelva sobre la experiencia y el recuerdo, sobre las marcas y los hitos de movilización y negociación que constituyen el itinerario que revela la mayor de las veces lo mejor de sí. Ahí, sobre el yo joven, sobre la plataforma sindical y del partido, sobre el conjunto de las posibilidades y las decisiones que han configurado las opciones, aparece la traza de la vida. Hombres y mujeres enfrentados al sino de la existencia problemática, cuestionadora, angustiante en términos sartreanos, en la introspección y soliloquios, evalúan que hay cosas que llegan tarde, cuestiones que se cierran mal, apuestas mal concebidas, responsabilidades no ponderadas, ilusiones desbordadas, rigideces e intransigencias poco estratégicas; cosas que no se ven en su momento, decisiones inoportunas, porque nadie se prepara para la, a veces, desastrosa expresión que puede revelar el presente.

Entonces, la ucronía como historia alternativa y paralela revela la crisis del imaginario, el proyecto y la dirección a la que estaba sujeta la vida, ya que se trata de un conjunto de compromisos inconscientes que definen la relación con el grupo y la comunidad de trabajo, los que se infieren o pueden leerse antropológicamente en el reconocimiento de la larga familiaridad establecida con las personas y el grupo respectivo. La alteración de la rutina y del hábito, de aquello que funcionaba sin sobresaltos es lo que hace que algunas cuestiones se vuelvan “memorables” como eventos, porque detrás de ellos hay también un compromiso afectivo, porque “es un trozo de tiempo y de acción despedazado” (Farge, 2008:85), son “las trizaduras de la representación” (Richard, 1985: 15).

Lota se encuentra tan dañada que está a merced de la inmediatez, lo que no permite dar contenido y sentido local a la existencia en términos psíquicos y políticos. Todos los materiales urbanos e industriales del pasado se ubican como ruina y tiempo trunco en medio de la ciudad; a sus habitantes les cuesta componer una imagen armónica que pueda tener como sustrato una fuente como el trabajo y las ideologías; hay desestructuración económica, despoblamiento, alto desempleo, hombres de manos en los bolsillos a todas horas, sin disciplina laboral y paisaje urbano deteriorado, que son expresiones contrarias a las antiguas formas de vida de la comunidad y de las identidades personales y colectivas. La ruina acompaña el sino existencial y se aparece como nueva realidad física, reforzando la idea de que la ciudad no es más que un antiguo y gran depósito de signos. Son éstos los que nos indican que colectivamente se está lejos del milagro económico como expresión de la posibilidad de la esperanza y un cierto porvenir.

El peso de la historia es tan potente desde el punto de vista social, laboral, económico y político, que el pasado no puede ser superado por quienes biográficamente están comprometidos afectivamente con lo que fue la organización y movilización desde el carbón y para la ciudad. Es tan elocuente el peso que tiene la

acumulación de significados, certezas y seguridades en el espacio urbano, que lo sombrío que pueda tener el presente no es posible de ser transformado en luminoso, salvo por la imaginación, rayano al delirio o con síntomas sicóticos o por los deseos en los intersticios de la subjetividad. Es decir, la capacidad narrativa colectiva se encuentra debilitada o simplemente atrofiada, escindida de proyectos, incapaz de activar la condición de ciudadanía y de transformarse en sujeto.

La ciudad post carbón es simultáneamente un laboratorio y un museo. Atestigua el fin de una historia, de una clase, de una identidad laboral, una pertenencia, una forma de hacer amistad, de hacer familia y de recreación, anunciando una nueva ciudad. Pero, su ruina revela siempre la actividad fundacional. Por eso, la tesis que defendemos es que en Lota hay ruinas y gente arruinada: la estructura de oportunidades —en lo personal y familiar— sufrió un cambio fundamental, que su herida está abierta, lo que se traduce en una importante e irónica presencia de “instituciones imaginarias”, como sedes de sindicatos y sindicalistas propios de un mundo anterior al cierre definitivo de las minas en el año 1997.

#### V. A MODO DE CIERRE

Los habitantes extrañan la belleza cotidiana de la vida, ya que con sus rutinas y acciones del pasado se configuró un espacio de seguridad capilar entre trabajo y ciudad, entre arquitectura industrial y ciudad, que revelan una cierta grandeza y un cierto proyecto que alentó el sueño de generaciones, aunque éste no se transformara nunca en calidad de vida. Sus viejas señas arquitectónicas habitacionales e industriales, ferroviarias y portuarias marcan la ciudad; la arrastran a un tiempo que ya no existe, a un contrapunto permanente entre el antes y el ahora, aunque “la ciudad es tiempo presente, y su pasado incluso puede ser vivido como presente” (Sarlo, 2009: 148). Su gente y su memoria se encuentran marginadas de la memoria pública del país y la ciudad está signada como anotación o mera ocupación espacial, ya que en torno a ella no hay inversión pública ni privada que revelen interés en otorgar nuevas posibilidades.

El quiebre de una experiencia de 150 años de actividad deja fundamentalmente huellas en los protagonistas, las que sólo constituyen memoria si son evocadas de manera singular y colectiva. La alteración de la secuencia de la historia de Lota redefine los componentes de la familiaridad que han organizado y dado contenido a la vida y presiona e impulsa a los sujetos a una nueva construcción narrativa para visualizar el fenómeno en su desajuste, observar y leer desde algún lugar el hecho memorable o la transformación que afecta la propia posición en la estructura social como la posición colectiva frente a otros actores que participan del espacio. Para quienes el cierre de las minas ha sido registrado como “memorable” y un hito central en sus vidas, el evento le otorga un nuevo valor y sentido al pasado el que debe ser instalado como discurso cultural para que sea discurso comunitario, es decir, con narradores y escuchas. Más aún, analíticamente

esta mirada arrastra dos ejes de introspección, ya que por una parte, se evalúa el lugar de la experiencia y, por otra, se reestructuran las expectativas.

La experiencia define una relación “pasado presente”, como sostiene Koselleck (1993:338), ya que los sucesos son incorporados y recordados o recordados y olvidados en sentido más radical; pero, también, la expectativa implica un cierto “futuro hecho presente” (ibíd.), es decir, un cierto futuro que se desea alcanzar, que proporciona los fundamentos para la movilización y la acción humana en el espacio de la cultura, ya que el sentido social o el lazo social como elemento vinculante integra lo político como imagen de un cierto porvenir. Hay un imaginario social que une a la sociedad, que le otorga sus rasgos singulares, que le permite la diferenciación de otras y observar los cambios de sí misma (Castoriadis, 1981). Tener un cierto “control del presente es el único sustento sobre el que se asienta la confianza en el progreso” (Bauman, 2002:142) y eso ya pasó. Con claridad, los sindicatos, los grupos de interés ideológico o de orientación sexual, así como las iglesias tienen atributos que amparan y dirigen con sus contenidos los proyectos sociohistóricos a través de sus figuras y sus cargas simbólicas, porque son sistemas comunicativos que establecen formas de organización y acción.

Analíticamente, es en este proceso de cambio donde se alteran los componentes nucleares de una cultura del trabajo y donde, emotiva o racionalmente, se produce una reorientación, o la desorientación, al multiplicarse los sentidos y las explicaciones que han llevado a que algo se transforme en memorable. Allí se produce un acercamiento o distanciamiento hacia lo que son los pasados-presentes, es decir, de los horizontes de expectativas o imaginarios que otorgan identidad y sentido a las acciones y a la movilización. De esta manera, las instituciones que canalizan las expectativas deben ser reelaboradas para que éstas puedan proporcionar una orientación de futuro.

*Universidad de Valparaíso\**  
*Facultad de Arquitectura. Escuela de diseño*  
*Avda. El parque 570, Valparaíso (Chile)*  
*juancarlosrodriguez@yahoo.com*

*Pontificia Universidad Católica de Valparaíso\*\**  
*Facultad de Filosofía y Educación. Escuela de Psicología*  
*Avda. El bosque 1290, Viña del Mar (Chile)*  
*pmedinahernandez@yahoo.es*

## BIBLIOGRAFÍA

Augé, Marc. “Globalización, mediatización, urbanización; travesías y ficciones de la Antropología”. En *Política, ficción, subjetivación: figuras de lo humano*. Alejandro Bilbao y Patrice Vermeren (Eds.). Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2008.

----- *El tiempo en ruinas*. Barcelona: Gedisa Editorial. 2003.

Bauman, Zygmunt. *Modernidad Líquida*. México: FCE, 2002.

- Bloch, Ernst. *El principio esperanza (I)*. Valladolid, España: Editorial Trotta. 2004.
- Calvino, Italo. *Las ciudades invisibles*. Madrid: El Mundo. Unidad Editorial, 1999.
- Castoriadis, Cornelius. *La institución imaginaria de la sociedad*. Tusquets Editores, 1981.
- Di Tella, Torcuato; Lucien Brams, Jean-Daniel Reynaud, Alain Touraine. *Huachipato et Lota: Etude sur la Conscience Ouvriere dans deux Entreprises Chiliennes*, Paris, Francia: Editions du Centre National de la Recherche Scientifique. 1966.
- Farge, Arlette. *Lugares para la historia*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales. 2008.
- García Márquez, Gabriel. *Vivir para contarla*. Barcelona: Mondadorí. 2002.
- Kosselleck, Reinhart. *Futuro pasado, para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós, 1993.
- Krotz, Esteban. *La otredad cultural. Entre Utopía y Ciencia*. México: FCE. 2004.
- Lévi Strauss, Claude. *Tristes Trópicos*. Barcelona: Paidós, 2006.
- Lillo, Baldomero. *Obra Completa*. Edición preparada por Ignacio Álvarez y Hugo Bello. Santiago, Chile. Biblioteca Chilena de Ediciones de la Universidad Alberto Hurtado, 2009.
- Medina, Patricio. “La Espera Como Forma Alienada del Sufrimiento Humano. La Historia Interrumpida de un Pueblo Minero”. En *Duelo, Pérdida y Separación: Figuras del Sufrimiento Humano*. Bilbao, Alejandro e Ignacio Morlans (editores), 117-128. Valparaíso, Chile: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2010.
- Muñoz, Diego. *Carbón*. Santiago: Ed. Austral, 1953.
- Richards, Nelly. *Residuos y metáforas. (Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición)*. Santiago, Chile: Editorial Cuarto Propio, 2001.
- Rodríguez, Juan Carlos. “De la Ciudad del Trabajo a la Ciudad del Vacío: el Lugar del Sufrimiento”. En *Duelo, Pérdida y Separación: Figuras del Sufrimiento Humano*. Bilbao, Alejandro e Ignacio Morlans (editores). Valparaíso, Chile: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2010:91-106.
- Rodríguez, Juan Carlos; Miranda, Pablo; Medina, Patricio. “La transformación de las culturas mineras. Proyectos vitales y siniestración de la vida en las ciudades del carbón, el nitrato y el cobre en Chile” (ms) 2010.
- Rodríguez, Juan Carlos y Pablo Miranda. “Las ciudades que no queremos ver: ruinas y patrimonialización en urbes declinantes en el desarrollo del capitalismo industrial en Chile”. Trabajo presentado al 51 Congreso Mundial de Americanistas, México, DF., 2009
- Sarlo, Beatriz. *La ciudad vista. Mercancías y cultura urbana*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2009.